



(Madrid, 9 abril 1921)

# EL RETABIO

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR  
MARIANO BENLLIURE Y TUERO

Redaccion y Administracion: Lagasca, 120

GERENTES:  
ANTONIO ARAGON DE PINEDA

## El salto del tapón

«España es una botella de cerveza y yo soy el tapón: en el momento en que éste salte, todo el líquido se derramará, sabe Dios en qué derrotero.» Así dicen que en sustancia, y de seguro peor expresado—la redacción de lo copiado es de D. Ramón de Mesonero Romano—solía decir, hace cosa de un siglo, Fernando VII, en 1812, el Deseado.

Si salta el tapón se derrama el líquido, o mejor, su espuma; pero si el tapón no salta puede llegar a estallar la botella, pero no siempre es el líquido cerveza.

La presión interior de un gas dentro de una caldera u otro recipiente suele conocerse por un aparato que se llama manómetro, como la presión del aire atmosférico se mide por el barómetro. Y no hay ingeniero, por torpe que sea, que cuando vea una subida alarmante en el indicador del manómetro, se le ocurra mandar que quiten éste, que lo rompan o que lo tapen.

No, no hay ingeniero tan torpe, pero hay gobernantes atacados de demencia, de parálisis progresiva política, que acuden a semejante expediente. La previa censura, las denuncias a artículos periodísticos, los procesos a publicistas, la persecución a la emisión de ideas y doctrinas, todo esto no es sino tapar, romper o quitar manómetros. Bien que la psicología de esas pobres gentes que se llaman a sí mismas de orden, trogloditas impenitentes, es de la que enseña que es el manómetro el que produce la presión en la caldera, el barómetro el que regula los cambios atmosféricos y que es la sombra la que determina los movimientos del cuerpo que la proyecta. Pobres gentes que despotricando contra los intelectuales son del más radical de los intelectualismos. Su terror son las ideas.

Y todo ese pretender tapar, romper o quitar manómetros, ¿para qué es? Acaso para que no salte el tapón. Al cual le sujetan, además, unos hilos de alambre de que está preso. Por-

que el tapón está preso a su oficio de taponar y no basta que, empujado por la presión de la cerveza, o lo que sea, quiera saltarse, si es que el tapón quiere algo. Porque ahora nos damos cuenta de que estamos haciendo mitología taponesca y suponiéndole conciencia y voluntad al tapón.

Al fin tuvo que saltar Fernando VII, y aun cuando dejó en su lugar otro tapón, que lo fué doña María Cristina de Borbón, la Reina Gobernadora y madre de doña Isabel, no pudo evitar que surgiese la efervescencia y estallido del espíritu nacional español en forma de una guerra civil, la que sostuvieron los partidarios de D. Carlos María Isidro, hermano del tapón Fernando, con los liberales entonces cristinos. A lo que había precedido en la Corte una lucha de camarillas.

La camarilla era la redcecilla de alambres que sujetaba y apretaba al tapón. Y a las veces tomaba la forma de Regencia, como la de Urgel o aquella otra de Oyarzum de la que salió D. Francisco Tadeo Calomarde. Y hubo también su Regencia liberal, como la del general Espartero con sus *ayacuchos* en 1843.

¿Sabéis la que es una lucha de Regencias? Pues figuráos que un rico hacendado desea hacer un no corto viaje a tierras algo lejanas para la reconquista de clientela o para lo que fuese, pero que desea que durante su ausencia quede en orden la administración de su patrimonio, y que hay uno de sus oficiales que quiere le sea encomendado ese poder a la madre del hacendado, otros a la mujer, otros... a quien sea, y el hacendado vea en todo ello peligros. Dadas circunstancias de lugar, tiempo y ánimo de la familia, servidumbre y colonia, es muy fácil que en tal caso pueda decir el hacendado a un amigo cualquiera: «Si, si, yo deseo emprender el viaje de reconquista, a ganar nueva clientela para mi casa y estados, pero no me dejan... no me dejan ir en paz...» Y no le faltaría razón en decirlo.

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

Saltó el tapón Fernando—y no como saltó treinta y cinco años más tarde su hija—y quedó España bajo la Regencia de su viuda y sobrina y estalló la guerra civil, la presión de los gases de la botella. Pero la guerra civil existió durante el reinado todo de Fernando, reinado incivil, de absolutismo anti-ilustrado. Y la guerra civil continuó durante el reinado de Isabel II, en los tiempos en que D. Salustiano Olózaga, gran forjador de frases, forjó la de los «obstáculos tradicionales». Y eso que dijeron que él sabía forzar la mano a esos obstáculos cuando además de tradicionales eran pueriles. Y saltó doña Isabel—no como su padre, sino viva y sana—y a los cuatro años volvió a encenderse la guerra civil. Y la guerra civil sigue. Ya no echándose al monte, sino a la calle, y seguirá mientras se quiera sustituir a los pastores por los mastines.

Dicen que Lerroux dice que los demócratas republicanos deben dejar de hacer política negativa... ¿Y cuál es la positiva? ¿Cuándo está a punto de estallar la nación, qué es lo negativo y qué lo positivo? No hay sino preguntárselo a un cirujano que tiene que resolver una oclusión.

MIGUEL DE UNAMUNO.

## Rabindranath Tagore

Pronto estará en Madrid el poeta indio Rabindranath Tagore, el maravilloso creador del *Gitanjali*. Su nombre, después de ser divulgado por la concesión del premio Nobel al lírico todo honda ternura y emoción, comienza a ser entre nosotros casi popular merced a las traducciones que de sus obras ha hecho Zenobia Camprubi de Jimenez, la esposa del admirable Juan Ramón.

El Teatro de la Escuela Nueva se dispone a poner en un escenario la versión de un drama de Rabindranath Tagore.

Con parecemos esto acertadísimo, creeríamos que sería necesario que toda la Prensa culta de España, antes de que se rindiesen otros homenajes al poeta que llega desde su mística tierra de sol reproduciese en sus columnas un bello fragmento de los poemas de ese narrador de cuentos inefables, de ese sugeridor de imágenes inaprehensibles.

Todo lo demás, con sus inevitables banquetes—¿no sería tratar a Rabindranath Tagore como a un concejal cualquiera eso de ofrecerle un banquete?—, sus fiestas académicas, sus empingorotadas y tediosas solemnidades con lectura de artículos y con discursos brillantes, es lo menos adecuado a la insignis figura del poeta y pedagogo indio.

En último término una excursión apacible a unos jardines—los de Aranjuez o la Granja—con unas sazonadas frutas españolas, a falta de ambrosia y de miel hiblea.

## Nuevo joven maurista

También el «Noy del Sucre, admira a Maura. Maura es—según Salvador Seguí—un hombre de recia contextura moral y un gran carácter. No se expresaría de otra manera un joven maurista—el Sr. Galinsoga, por ejemplo—, uno de esos jóvenes románticos, todo austeridad e idealismo, que van a la caza de un acta y una dote.

¿Qué será eso del gran carácter que todos le reconocen a D. Antonio Maura? Nunca nos lo hemos podido explicar. Ser «un gran carácter» debe consistir en tener una majestuosa barba blanca, medir una elevada estatura, llevar el busto erguido y no decir más que tonterías.

No creemos que Salvador Seguí se haya dejado seducir por el venerable aspecto de «anciano de Israel» del Sr. Maura. Nos inclinamos más bien a creer que el panegírico entonado por el *leader* sindicalista obedece tan sólo al deseo de poner algún lastre de conservadurismo en su globo revolucionario; pero pudo muy bien haber echado mano de un valor más positivo, aun a costa de haber tenido que buscarlo fuera de la política militante.

Indigna ya oír reconocer el talento de uno de nuestros políticos que más pruebas ha dado de ineptitud e ininteligencia.

¿Por qué se reirán del marqués de Alhucemas, y se inclinarán, en cambio, reverentes, ante D. Antonio Maura? No vemos ninguna diferencia entre ambos; acaso a favor del primero, que parece tener cierta conciencia de su nulidad.

El caso de Maura es verdaderamente milagroso; en su labor de gobernante, discursos, escritos, etc., no hay nada que revele grandes dotes mentales, ni siquiera medianas; y, sin embargo, hasta sus adversarios se complacen de continuo en atribuirle las más relevantes y extraordinarias cualidades. Ha llegado ya a mirarse casi como un sacrilegio una falta de respeto a D. Antonio Maura. El culto a Maura se ha convertido en algo sobrehumano, religioso, que está por encima de todas las luchas políticas.

El fenómeno no puede ser más sintomático; él sólo basta para dar clara idea del nivel político a que nos encontramos.

No creemos que haya un solo hombre político que haya dicho tantas tonterías como don Antonio Maura; y no hablamos de las que ha hecho, porque estas no pueden llamarse tonterías, no pueden tomarse a risa, pues han llegado a tenerse con el tono sangriento de la tragedia. ¡Y que sea un *leader* del sindicalismo quien quiera cohonestar tales actos! Nunca creímos que Salvador Seguí se atreviera a usurpar las funciones del conde de la Mortera.